

# ESPIRITUALIDAD DE LA PALABRA: LA SANTA PREDICACION

fr. Brian Pierce, OP

Promotor General de las Monjas de la Orden de Predicadores<sup>1</sup>

Durante mis primeros años en la Orden no entendía mucho del tema de la *Lectura Orante de la Biblia (la Lectio Divina)*. Pero creo que eso es normal. Al principio, cuando recién empezamos a caminar en la vida dominicana, queremos aprender mucho para poder hablar sobre la Palabra de Dios, hablar *de* ella. Nos cuesta aprender a escucharla y dejar que *ella misma hable*. Me parece esencial recordar que un predicador no sólo habla *de* la Palabra de Dios. Se hace instrumento de ella, voz de la Palabra – como Juan Bautista – y luego se hace a un lado para que la Palabra *hable por sí misma*.

Tanto mi maestro de novicios, como también el maestro de estudiantes, nos decían, “Toma tiempo con la Palabra de Dios. No busques respuestas en un comentario bíblico sin primero sentarte a solas con la Palabra de Dios.” Y aunque nunca recuerdo que hayan mencionado la frase *Lectio Divina*, nos dirigían hacia esta antigua práctica. Con el paso de los años, me he dado cuenta que este tema es clave para vivir una espiritualidad de la Palabra. Es, según mi parecer, el punto de partida de nuestra vida dominicana. Pienso que necesitamos retomar esta línea en nuestra vida dominicana, porque creo que hablamos de muchas cosas que aprendemos de espiritualidades genéricas, pero ¿cuál es la contemplación nuestra, la dominicana? Todas las órdenes, especialmente las más grandes y antiguas, tienen su propia espiritualidad contemplativa: la carmelita, benedictina, cisterciense, franciscana, etc. Necesitamos ir más allá de una espiritualidad genérica y vivir profundamente lo nuestro – la dimensión dominicana de la espiritualidad cristiana.

Lo que quiero subrayar en estas reflexiones es que la Palabra implica toda nuestra vida. No es sólo una cuestión de orar y estudiar para poder predicar. Es importante vivir toda nuestra vida dominicana *sumergidos* dentro de la Palabra de Dios, hacer de la Palabra el centro – el corazón – de nuestra vida dominicana.

## ORACIÓN

Me parece que nuestra contemplación, nuestra vida dominicana entera, encuentra sus raíces en la Palabra, el Verbo. ¿Por qué? Porque la Orden que funda Domingo es la Orden de Predicadores, y lo que se predica es la Palabra de Dios. La predicación nace de la Palabra. Y la Palabra es el manantial de la vida dominicana. El libro del Génesis comienza con la Palabra: en el principio había un gran vacío desde el cual Dios habló. Lo primero que ocurre en esta historia es un “hablar”. Escuchamos una la Palabra – ¡Luz! Y San Juan retoma el libro del Génesis para iniciar su obra: “En el principio era el Verbo”. Juan nos hace ver de nuevo que la fuente de todo es la Palabra, la que da a luz la creación, el origen de todo. Y yo diría que Génesis 1 y Juan 1 es “Santo Domingo 1”. Es nuestro punto de partida. “En el principio era la Palabra”.

Fray Vito Gómez, OP dice con mucha fuerza que la Orden nace en Roma. Se puede discutir esta afirmación, pero su argumento es interesante. El lo plantea porque fue en la Basílica de S. Pedro en Roma que tuvo Domingo la visión de Pedro y Pablo. Pedro da a Domingo el bastón y Pablo le entrega la Palabra de Dios, y juntos le dicen: “Ve y predica”. Con el bastón y la Palabra en la mano, Domingo comienza su vida de predicador itinerante.

Es el comienzo de la espiritualidad *dominicana*. Es una imagen preciosa, y aunque hay que reconocer que hubo un poco de camino antes de ese momento, está claro que esa experiencia en Roma fue fundamental para el nacimiento de la Orden.

Yo pondría el comienzo de las cosas – los primeros pasos de la Orden – en el sur de Francia, pero sin duda, la Palabra y el bastón son símbolos importantes. ¡Domingo fue llamado a caminar con la Palabra! La Palabra sin el bastón *no* es espiritualidad dominicana. Pedro y Pablo le dijeron, “¡Camina! ¡No te instales, sé itinerante, anda y predica! Domingo aprendió muy pronto que la Palabra de Dios sería el único pan que necesitaría. ¡Sí! el pan de la Palabra. “Danos hoy nuestro pan de cada día”. Lo que tenemos que hacer todos los días es ponernos como pobres ante la Palabra y pedir el pan de la Palabra que nos guíe hoy.

En el documento de la *Lineamenta* del Sínodo sobre la Palabra hay una frase que me encanta, que para mí es muy dominicana, y es muy corta y sencilla: “Sobre todo, la Palabra de Dios debe ser recibida con alma de pobre”. Y después añade: “tanto interior como exterior”. La Palabra de Dios no puede ser acogida por cualquier alma; tiene que ser un alma pobre, un alma mendicante. Ésta es la espiritualidad de las Bienaventuranzas. Es nuestra espiritualidad.

La Palabra es el centro de la vida dominicana y el resto nace de ahí. Nuestra vida de oración puede muy bien resumirse con estos dos versículos de Juan (8, 31-32): “Jesús dijo entonces a los judíos que le habían creído: *Si permanecéis en mi Palabra seréis de verdad discípulos míos. Conoceréis la Verdad, y la Verdad os hará libres*”. Esos cuatro pasos resumen lo que es la vida de oración para nosotros: permanecer en la Palabra, ser discípulos, conocer la Verdad, y llegar a la libertad de los hijos e hijas de Dios. Pero no se pueden poner estas cosas en cualquier orden; comienza con permanecer en la Palabra. Sólo sumergiéndonos en la Palabra es donde vivimos nuestra vida contemplativa. Todos los días. El problema no es que nos falte Palabra, porque todo el día estamos ante la Palabra. El problema es **permanecer** en la Palabra, sumergirnos en ella. Ahí está la parte que necesitamos fortalecer. Y la Lectio Divina es, para mí, el camino. Bien entendida dominicanamente, es la fórmula para permanecer en la Palabra. Porque para nosotros la Palabra va con el bastón. El bastón es para nosotros un esfuerzo, un reto. No es que hagamos una hora de Lectio Divina y después comienza el día. Es que nosotros *camina*mos con la Palabra, permanecemos en ella todo el día. Permanecer en la Palabra es vivir todo el día dentro de la Palabra. La clave de la Lectio Divina es la repetición contemplativa de alguna frase – de alguna palabra – que nos llega por medio de la liturgia o de la lectura pausada de la Palabra a solas o en comunidad. Puede ser un salmo, el Evangelio de la Eucaristía del día; puede ser que en la mañana acostumbramos a reflexionar sobre las lecturas de la Misa ... La idea de la Lectio Divina no es ‘hacer’ un período de tiempo de Lectio, al menos no es eso lo dominicano: “Yo hago mi Lectio de 7 a 8 de la mañana”. Puede ser que de 7 a 8 te sientes y te metes dentro de la Palabra, pero la Lectio sólo adquiere fuerza cuando después de leerla caminas el resto del día (o el resto de la semana) con esa misma Palabra.

Ese es el proceso en el cual la Palabra se hace carne, cuando permanecemos en ella. Estoy convencido de que ésta es la clave para una vida predicadora. Vivir todo el día con la Palabra, lo cual *no significa* vivir todo el día con una “avalancha de palabras”. Son tantas, que podemos terminar “aplastados” por la Palabra: Oficio de Lecturas, Laudes, Eucaristía, Tercia, Sexta, Nona, Vísperas, Completas... Eso puede convertirse en una avalancha de palabras si no cuidamos la práctica de “permanecer en la Palabra.”

Cuando empezamos a saber entrar y permanecer en la Palabra, aunque sea por medio de una frase o palabra, ya comenzamos la verdadera Lectio. Puede ser una frase sencilla como “Jesús se inclinó”. En esas palabras uno puede sumergirse durante tres meses y no llegar nunca al fondo. O una frase más completa, como, “Queremos ver a Jesús”, o bien solo la palabra “semilla”. Cuando nos sumergimos en la Palabra, ella se va haciendo carne en nosotros. Durante el día, y a lo largo de la semana, nos llegan pequeñas confirmaciones, ecos de la Palabra, que poco a poco van echando sus raíces dentro de nosotros. No es cuestión de muchas palabras. Basta iniciar la meditación con una sola palabra o frase por la cual entro al fondo del Verbo mismo. Esa palabra comienza a hacer surgir dentro de mí pequeños ecos que, con sus distintas voces y tonadas, se convierten en armonía interior. Puede durar un día, o una semana, o todo un mes. A veces entramos en una Palabra cuyo *eco* nos acompaña durante un año. Hay que caminar con esa Palabra, sin dejarla, hasta que se convierte en manantial interior. Ésta es la clave para la Lectio Divina, y para mí es el centro de la espiritualidad dominicana.

Todo comienza cuando aprendo a acoger la Palabra con alma de pobre. Puedo empezar el día abriéndome, dejando caer **una palabra** en mis manos y corazón de mendicante. Es dejar que la Palabra sacie la sed de mi alma (ver Juan 4). En el Catecismo de la Iglesia Católica, en la sección sobre la oración (n. 2560), leemos lo siguiente:

La humildad es la base de la oración...es una disposición necesaria para recibir gratuitamente el don de la oración... La maravilla de la oración se revela precisamente allí, junto al pozo donde vamos a buscar nuestra agua: allí Cristo va al encuentro de todo ser humano... La oración, sepámoslo o no, es el encuentro de la sed de Dios [con la nuestra].

Dios nos da su Palabra gratuitamente. Lo único que tenemos que hacer es abrirla y recibirla. Las demás palabras que vienen son como acompañantes, pero **la Palabra** es la guía. No soy experto en este tema; hablo simplemente de mi experiencia después de casi 30 años de ir descubriendo la Palabra en el camino de la vida dominicana. Es la predicación misma que me ha enseñado esto.

Hay que permanecer en la Palabra, sumergirnos en ella y caminar con ella. Nunca sé por cuánto tiempo caminaré con una palabra o frase. Hay una frase que escuché hace 2 o 3 meses en una misa en Santa Sabina, y todavía está dando vueltas en mi corazón, casi todos los días. No es constante, pero ahí está, haciendo su trabajo silencioso. Es una frase de San Juan: “Permaneced en mi amor” (aunque la frase que va dando vueltas la escuché en italiano: “*Rimanete nel mio amore*”). Ella misma abre su camino. Yo simplemente le pongo atención. Creo que ésta esa es la clave de la Lectio Divina. Hay que poner atención a la Palabra que obra dentro de nosotros. Esto requiere que nos mantengamos despiertos contemplativamente.

En el texto de Juan 8, arriba citado, (“*Si permanecéis en mi Palabra seréis de verdad discípulos míos. Conoceréis la Verdad, y la Verdad os hará libres*”) encontramos la pista para nuestra vida de oración. Si queremos que la Palabra sea el centro de nuestra vida, tenemos que aprender a *permanecer* en ella. En el principio de la espiritualidad dominicana está la Palabra. ¿Cómo vivir eso? *Permaneciendo en ella*, con el bastón en una mano y la Palabra en la otra.

## ESTUDIO

En Juan 17, 6b-8 nos encontramos con un parte de la oración de Jesús al Padre: “Padre, tuyos eran y tú me los has dado, y han guardado tu Palabra. Ahora saben que todo lo que me has dado viene de ti, porque la Palabra que tú me diste se la he comunicado a ellos, y la recibieron, y conocieron que salí de ti, y creyeron que tú me enviaste”. Esta imagen de Jesús, que recibe primero la Palabra del Padre y después nos la da a nosotros, es importante. Nuestro estudio es un estudio en el cual permitimos o creemos que Jesús es el Maestro. Jesús es el que recibe del Padre y nos da. Podemos responder nosotros porque hemos recibido gratuitamente de Dios. Jesús es el que nos da la Verdad. Él es el que nos instruye – por medio de su Espíritu – como dice también en otro párrafo: “El Espíritu Santo os enseñará todo cuando yo me vaya”. Jesús es el Maestro: “Las palabras que tú me diste yo se las he comunicado y las recibieron”. Jesús es el mediador, porque él recibe la sabiduría del Padre y nos la da. Y después dice, “y la recibieron”, la acogieron.

Hay que saber acoger la enseñanza y la sabiduría que Jesús nos da. Nuestro estudio es eso. Es el esfuerzo que hacemos para acoger y entender el don gratuito de Dios. No basta con decir que *Dios nos da su Palabra*. Si no cooperamos con esa gracia, esforzándonos por medio del estudio y la contemplación, corremos el riesgo de “recibir la gracia de Dios en vano” – o como dice otra traducción – “echar la gracia de Dios en saco roto” (2 Cor 6,1). El estudio para nosotros, dominicos y dominicas, siempre es, directa o indirectamente, un encuentro con la Palabra, porque existimos para un solo fin: la predicación para la salvación del mundo. Pero ese *encuentro con la Palabra* tiene que ser integral, una acogida a todo nivel: cuerpo, corazón, mente y espíritu. Es a la vez un encuentro orante e intelectual. Me parece importante vivir esta mística de la Palabra de Dios en cada cosa que hagamos. No importa si estudiamos la filosofía y la teología, o las ciencias y el arte. No importa si uno se prepara para ser biólogo o misionera en África, hay que saber vivir esta mística de la Palabra en cada momento, recordando que Jesús es el Maestro; es él que nos instruye por medio de su Espíritu Santo. Él recibe todo de su Abba y nos lo da gratuitamente. A nosotros nos toca aceptarla, recibirla, acogerla. Nuestra oración fundamental es: “Habla, Señor, tu siervo escucha. Danos hoy nuestro pan de cada día.” Ésta es la dimensión más profunda, creo yo, de nuestra mendicancia dominicana.

## PREDICACIÓN

Los Hechos de los Apóstoles comienzan con la ascensión de Jesús, seguida por los días de espera de la comunidad, obedeciendo la promesa de Jesús al final del Evangelio de Lucas (Lc 24,29).

“Regresaron a Jerusalén desde el monte, llamado ‘de los olivos’, que dista de Jerusalén lo que se permite caminar en sábado. Y así que entraron, subieron al aposento superior donde moraban Pedro, Juan, Santiago, Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago el de Alfeo, Simón el Zelotes y Judas el de Santiago. Todos ellos perseveraban unánimes en la oración común con las mujeres y con María, la madre de Jesús y con todos los hermanos de este (...) Al cumplirse el día de Pentecostés estaban todos juntos en el mismo lugar, y se produjo un ruido venido del cielo como de viento impetuoso que pasa. Y llenó toda la casa donde moraban, se les aparecieron lenguas como de fuego que se repartían y posaban sobre cada uno de ellos. Y todos quedaron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar lenguas extrañas según el Espíritu Santo

les movía a expresarse. En Jerusalén moraban judíos piadosos de toda nación bajo el cielo. Cuando, pues, se produjo el ruido se reunió la multitud y se quedó estupefacta, porque los oía hablar cada uno en su propia lengua. ¿No son galileos todos estos? ¿Cómo nosotros, entonces, les oímos cada uno en su propia lengua?” (Hch. 1, 12-14. 2, 1-8).

En este texto encontramos una imagen de la comunidad fiel, el pueblo de Dios que permanece unido entorno a la Palabra y la promesa de Jesús, el cual, antes de su ascensión, les animó a mantener la esperanza y a permanecer atentos en el silencio, fieles a la escucha contemplativa. Y no es cualquier detalle el que Lucas nos recuerda: la Madre del Verbo, la que dio a luz la Palabra, estaba presente. Es un detalle clave, porque lo que está a punto de ocurrir en Hechos 1-2 es un nuevo parto, un nuevo nacimiento de la Palabra. La Madre de la Palabra está ahí para acompañar a los discípulos, porque muy pronto toda la comunidad dará a luz la Palabra de Dios. En la Fiesta de Pentecostés el Verbo nace de nuevo, gracias a la *espera fecunda*, fruto de la obediencia comunitaria ante la promesa del Cristo pascual. Mientras Lucas comienza su evangelio con María, cuyo vientre virgen está totalmente disponible a la siembra de la semilla de la Palabra, su segunda obra se inicia con la comunidad de fe reunida – una comunidad vacía, virgen, abierta a la Palabra y a la unción del Espíritu. La predicación armoniosa que se dirige al mundo entero, con su sinfonía de lenguas, es fruto del parto de la comunidad pascual.

Es importante subrayar el hecho de que la comunidad primitiva haya tenido que permanecer fiel durante varios días, esperando en medio del silencio mendicante y fecundo, el soplo de Dios. “Volved a Jerusalén y esperad lo prometido de mi Padre,” les había dicho Jesús. Ellos no sabían que algo nuevo iba a pasar el día de Pentecostés; estaban simplemente esperando. Me imagino que al tercer o cuarto día empezaban a impacientarse, preguntándose, ¿“Y cuántos días tendremos que estar aquí, esperando”? Con María como modelo, oraban para poder ser receptivos al don de Dios: “Señor, danos hoy nuestro pan de cada día”. Ésta es la mendicancia dominicana: saber esperar la Palabra que Dios ha prometido.

Para nosotros, el Pentecostés es una fiesta muy dominicana, porque es el momento en que la Palabra nace y sale hacia el mundo. Nos recuerda el momento en que Domingo mandó a los frailes desde Prulla hacia el mundo: España, París, y Bolonia. Con bastón en una mano y la Palabra en la otra, les mandó, “¡Id a predicar!”. Ocurrió en la fiesta de la Asunción en Prulla, en el año 1217 – nuestro Pentecostés dominicano. Es importante recordar que Hechos 2 nace de Hechos 1. La predicación de Pentecostés nace de la Lectio Divina comunitaria, la espera contemplativa de la Iglesia primitiva, reunida en el silencio virgen de Jerusalén, en compañía de María y las otras mujeres. La predicación de Domingo nace igualmente en medio del silencio contemplativo de Prulla, donde los discípulos estaban reunidos bajo el amparo de Santa María de Prulla “y las otras mujeres.”

Domingo deja muy claro que si no salimos a sembrar la semilla de la Palabra que ha nacido, se nos pudre. Así pasó en el Pentecostés. En el preciso momento en que el Espíritu Santo ungió a los discípulos, ellos se volvieron hacia el mundo para darles la Buena Nueva. Sabemos bien que la Palabra no es sólo para nosotros; es *para los demás*, es para el mundo. Somos sencillamente un canal, un cause por donde pasa la Palabra, rumbo al mundo; la recibimos y luego la damos. Por eso M<sup>a</sup> Magdalena es un icono importante para nosotros. Como ella, nosotros estamos ahí, frente a la tumba vacía, esperando a lo largo de la noche el nacimiento de la Buena Noticia, esperando el amanecer del Nuevo Día, de la Nueva

Creación. Y como buenos dominicos y dominicas, al nacer la luz, corremos, bastón en la mano, para anunciar esa misma la Buena Nueva de Cristo. Si no predicamos, se nos pudre.

## PARA LA SALVACION DEL MUNDO

Quiero hacer aquí una pausa para poder compartir algo que he ido aprendiendo poco a poco, algo que me parece clave para vuestra vida contemplativa. Para mí, esta intuición – *de que la Palabra de Dios no es para nosotros, sino para el mundo* – la entendí claramente el día que leí la carta que escribió sobre la vida contemplativa nuestro hermano, Timothy Radcliffe. El título es “Una ciudad puesta en lo alto de un monte”. Esa imagen me ha servido mucho para entender la misión de un monasterio de monjas dominicas.

Para nosotros – frailes, laicos, y hermanas de vida apostólica – es más fácil entender el Pentecostés como un envío a la misión. Pero a veces me ha costado entender cómo el monasterio es también una predicación. La imagen de la ciudad puesta en lo alto de un monte me ha ayudado mucho a entender que el monasterio de monjas es *realmente* una predicación. Esto ha sido una gracia para mi ministerio como Promotor de las Monjas. Estoy acostumbrado a pensar en la Orden más con “cabeza de fraile”, pero ahora trato de repensar las cosas desde la mirada de las monjas. Entiendo mejor ahora por qué, desde el principio de la Orden, Domingo quiso llamar a las comunidades “La Santa Predicación”. Hay documentos de Prulla, del año 1207, que ya usan esta expresión. La monjas empezaron a vivir en Prulla en 1206, y el año siguiente - en 1207 - la Señora Ermengard Godolina y su familia hacen una especie de donación o voto laical, dando su casa y todos sus bienes “al Señor Dios, a la Bienaventurada María y a todos los santos de Dios y a la Santa Predicación, al Señor Domingo de Osma y a todos los hermanos y hermanas presentes hoy y en el futuro” (ver IDI 443, Junio 2006, “La Llegada de los Predicadores”). Recuerdo haber escuchado en un Capítulo General a un fraile decir que la frase “Santa Predicación” era algo reciente, que no tenía ninguna raíz histórica. Pues ya veo que no es así. Este documento de 1207 muestra que es muy probable que Domingo haya empleado la frase “La Santa Predicación”, refiriéndose a la comunidad de Prulla, desde los primeros días.

Para mí, la imagen de la comunidad como una “Predicación” es clave para entender la misión de un monasterio de monjas contemplativas. Un monasterio dominicano existe para dos fines (porque la Orden misma existe para dos fines): para la predicación y para la salvación de las almas (o *del mundo*). Nada más. Nosotros existimos sólo para esas dos cosas; no hay otro fin de nuestra existencia dominicana. Fuimos fundados para predicar y para que el mundo se salve por medio de esa predicación. Las dos cosas van juntas: predicamos para que, por medio de la Buena Nueva, el mundo se salve. Volviendo a la imagen de fr Timothy, el monasterio dominicano existe como una predicación, como una comunidad puesta sobre un monte para ser luz para el mundo. No existe para otra cosa.

Un monasterio dominicano nunca se esconde del mundo. Nunca oigo en la Orden que se hable de nuestra espiritualidad como *fuga mundi*. Nuestras monjas no se encuentran escondidas en una cueva de silencio, lejos del mundo. Quizás otras familias religiosas usen esa imagen, pero no es dominicana. En cambio, la comunidad dominicana existe como luz que se deja ver por el mundo. La vida nuestra es pública, se conoce, se ve. Vuestra liturgia, hermanas, es pública, y con razón, porque es una predicación. Cada miembro de la Familia Dominicana está llamado a ser luz. Un fraile puede tener el bastón en la mano y recorrer el mundo entero y nunca llegar a ser luz. Y las monjas pueden no salir nunca de su monasterio

y ser una maravillosa predicación. El tema no es cuánto caminamos o salimos o hablamos. La pregunta clave es: ¿brillamos o no brillamos? ¿Nuestra existencia es o no es una predicación?

Hermanas, yo creo que los monasterios de nuestra Orden necesitan tomar en serio este reto de ser Luz. ¿En qué sentido vuestra vida está dando un testimonio visible, tangible, al mundo? ¿Qué necesitamos hacer para que la Luz de Cristo se vea más brillante por medio de nuestras comunidades? Que la capilla de un monasterio dominicano sea accesible al público a mí me parece fundamental, dado que el silencio y la liturgia son de las formas más importantes de vuestra predicación. Siempre he dicho que la dimensión *dominicana* de mi vocación nació en el silencio de una capilla de monjas. La liturgia que celebráis nunca es solo para vosotras, por lo que ya hemos dicho: *vuestra vida no es para vosotras*. Existís – existimos – para la predicación y la salvación del mundo. No existimos para preocuparnos por hacernos santos. ¿Dónde se encuentra esa preocupación en los orígenes de la Orden? No está, no existe. La santidad no se conquista; es don de Dios. ¡Eso no quiere decir que no quisiéramos tener una Orden llena de santos! Pero yo creo que si somos fieles al llamado a ser una predicación viva, una Luz que brilla en medio del mundo “todo lo demás se nos dará por añadidura”. Incluso, ¡puede ser que alguna llegue a ser santa!

Domingo lo tenía muy claro: si somos fieles a la predicación, Dios sembrará entre nosotros su santidad. Pero primero tenemos que **predicar**; la predicación es nuestro camino de santidad. En la medida en que somos luz para otros, nos iremos iluminando. Eso es en parte de lo que Humberto de Romans llamaba la “gracia de la predicación”. Para Humberto, el dominico se santifica siendo fiel a la misión de la predicación. He visto, hermanas, que vuestra capilla y vuestra liturgia son un ejemplo de esto. Estáis diciendo a la gente que viene a vuestra capilla, “Queremos que seáis parte de nuestra liturgia, que os sintáis en casa en nuestra liturgia”. Eso sí me parece predicación. Si el haber quitado una reja os ha permitido una cercanía litúrgica con la gente, para que los laicos se sientan partícipes de vuestra liturgia, me parece maravilloso. Si es sólo para que podáis conversar con los laicos, es perder el tiempo. El tema no es tener o no tener reja. El tema es la predicación. Para eso existís.

Todas las congregaciones y órdenes de la Iglesia nacieron para un fin. Si las Misioneras de la M. Teresa de Calcuta no acogen a los pobres y enfermos, para descubrir en ellos el rostro de Cristo, no son Misioneras de la Caridad. Eso no es opcional; es su camino. Si un Hermano de La Salle cree que la enseñanza es una pérdida del tiempo, pues no vive el carisma de su fundador. Nuestro carisma nos invita a permanecer en la Palabra y anunciarla, recordando, por supuesto, que todo anuncio de la Buena Nueva tiene un destino preferencial: el pobre, el pequeño, la agobiada, el pecador. Nuestra Orden existe para que éstos oigan la Buena Nueva. Las Misioneras de la Caridad y nosotros hemos nacido del mismo evangelio, dentro de la misma Iglesia. Ellas se preocupan por bañar, acoger, alimentar al pobre, que es Cristo. Y nosotros nos sumergimos en Palabra para ser una luz que ilumine la vida del pobre, que es Cristo. Creo que las monjas de la Orden harían mucho bien reflexionando y replanteando algunas cosas. Se me ocurren unas preguntas que nos pueden servir a todos y todas: ¿Dónde está la Palabra en nuestra vida? ¿Dónde está el estudio en nuestra vida? ¿Dónde está la práctica de la Lectio Divina en nuestra vida comunitaria? ¿Cuidamos el silencio en nuestras comunidades en nuestro horario de cada día? ¿Nuestra liturgia se celebra con dignidad, como anuncio público del Reino de Dios? ¿Preparamos cuidadosamente nuestras predicaciones? Estos son los temas que nos van haciendo predicadores.

## COMUNIDAD

Sobre el tema de la Palabra de Dios y la comunidad se puede decir mucho. Sólo voy a tocarlo brevemente, basándome en un texto de Hechos 6, 1-7.

“En aquellos días, como el número de discípulos aumentaba, los helenistas comenzaron a murmurar contra los hebreos porque se desatendían a sus viudas en la distribución diaria de los alimentos. Entonces los Doce convocaron a todos los discípulos y les dijeron: «No es justo que descuidemos el ministerio de la Palabra de Dios para ocuparnos de servir las mesas. Es preferible, hermanos, que busquen entre ustedes a siete hombres de buena fama, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, y nosotros les encargaremos esta tarea. De esa manera, perseveraremos en la oración y el ministerio de la Palabra». La asamblea aprobó esta propuesta y eligieron a Esteban, hombre lleno de fe y del Espíritu Santo, a Felipe y a Prócoro, a Nicanor y a Timón, a Pármenas y a Nicolás, prosélito de Antioquía. Los presentaron a los Apóstoles, y estos, después de orar, les impusieron las manos. Así la Palabra de Dios se extendía cada vez más, el número de discípulos aumentaba considerablemente en Jerusalén e incluso muchos sacerdotes abrazaban la fe”.

Los helenistas eran judíos procedentes de la diáspora, que habían llegado a Jerusalén como las migraciones de nuestros tiempos. Eran judíos que hablaban griego (de Antioquia, Atenas, Corinto, etc). De los muchos helenistas que habían emigrado a Jerusalén, algunas mujeres habían quedado viudas. Los helenistas murmuraban porque eran preferidas las viudas hebreas en la repartición de los bienes. Porque las viudas no tenían derechos, y vivían al margen de la sociedad casi como los leprosos, nadie las defendía. La comunidad debía cuidarlas.

¿Por qué me refiero a este texto para hablar de la Palabra de Dios en la comunidad? Lo hago porque yo creo que la Palabra entra en el corazón de la comunidad no sólo por medio de la oración, sino también por medio del diálogo, y específicamente por el diálogo capitular. Sabemos bien que la Palabra forma la base de nuestra vida de oración, de nuestro estudio, y que es la fuente de nuestra predicación. Pero guía nuestro diálogo comunitario. El escucharnos mutuamente en capítulo abre un espacio donde la Palabra se pueda manifestar en el andar de la comunidad. Yo pienso que muy posiblemente Domingo se haya inspirado de este texto de Hechos 6 cuando decide resaltar la importancia y el lugar del capítulo en nuestra Orden. Es una intuición, no más, pero muy fuerte. Después del tema de la inclusión de los paganos en la Nueva Alianza, inaugurada por Cristo, creo que la *koinonia*, la vida fraterna, fundada en *el amor entre iguales*, es otro de los grandes temas – radical y revolucionario – en los comienzos de la Iglesia.

En Hechos 6 vemos a los primeros discípulos responder a un problema concreto en medio de la comunidad. Un grupo de viudas pobres no estaban siendo atendidas y la comunidad se reunió para dialogar sobre el problema y buscar una solución. Era una comunidad normal que supo responder a un problema normal. Esto lo vivimos a diario en nuestras comunidades. Lo importante es ver *cómo* resolvieron el problema. Los Doce dicen claramente que, “No es conveniente que descuidemos la Palabra de Dios por el servicio de las mesas: ¿Qué os parece?” (6,2). En otras palabras, no se sacrifica el ministerio de la predicación simplemente porque se presenta un problema. La vida sigue; la comunidad



busca una solución sin dejar de caminar. No se puede permitir que un problema paralice la comunidad. Pero descubrimos en la pregunta de los Doce nuestra clave dominicana: ¿“Qué os parece”? Los Doce no deciden todo, sino que piden el parecer de *toda la comunidad*. Por medio del diálogo descubren una luz, una respuesta al problema. Este *diálogo*, este *compartir de la palabra*, es el corazón de nuestra forma de gobierno dominicano. El Capítulo es parte de nuestra predicación, porque nos ofrece la oportunidad de *escuchar juntos y juntas la Palabra de Dios*.

Cuando la comunidad primitiva de los Hechos de los Apóstoles se reunió para el diálogo, no sabía cómo se iba a resolver el problema. Se reunieron en presencia de la Palabra, y por medio del diálogo comunitario, para compartir su *parecer* (¿“Qué os parece”?), y de ese diálogo y de esa *escucha mutua*, nació una respuesta a un problema concreto. No es un proceso complicado; incluso, es bastante sencillo: reunirse, dialogar, confiar en Dios y decidir. Los apóstoles no tomaron la decisión a solas. Dejaron que la comunidad debatiera y propusiera una posible solución. Ésta es la clave. ¡Eran dominicos verdaderos! Dialogaron y oraron hasta que naciera un camino a seguir. Es la gran confianza en el diálogo orante, y es muy dominicano. Y lo hicieron así para asegurar de que *no se descuidara la Palabra de Dios*.

La Regla de San Benito era la gran Regla religiosa operante durante el primer milenio de la Iglesia. La regla de San Agustín – la nuestra – también es antigua, pero no tuvo tanto impacto en los comienzos de la vida religiosa como la de San Benito. No soy experto en el tema, pero sé que en una parte de la Regla de San Benito se dice que para tomar decisiones el Abad debe escuchar a todos los monjes, poniendo especial atención a lo que digan los hermanos más jóvenes, (algo que me parece muy bueno y sabio), y después de escuchar el parecer de la comunidad, el Abad toma su decisión. Domingo le da vuelta a la Regla de San Benito. Para Domingo, el prior o la priora reúne a la comunidad, pero es la comunidad quien, después de un diálogo basado en la *escucha mutua*, toma la decisión. El prior o la priora *no decide*, sino tiene la responsabilidad de *ejecutar* la decisión tomada. En la Regla de San Benito el Abad escucha y decide. En nuestra Orden, la comunidad decide y la priora (o el provincial o el Maestro de la Orden) es la persona que supervisa la ejecución de la decisión. Esto es radical – profundamente democrático y dominicano – y es lo que pasó cuando la comunidad cristiana se reunió para tratar el problema de las viudas en Hechos 6. Llama la atención que los apóstoles *no resolvieron el problema*. Los Doce señalan una pista, pero es la comunidad que propone y elige a los primeros diáconos; ellos deciden cómo se va a resolver el problema. Los apóstoles confirman la decisión y dan su bendición a los elegidos. Esto es muy dominicano.

La priora / el prior no decide en nuestro gobierno dominicano. ¡Claro! Estamos hablando aquí de cosas importantes: una obra grande en el monasterio, un programa de estudio para la Comunidad, algún problema comunitario que se presenta, la aceptación de candidatos, la votación para la profesión, etc. ¡La priora no tiene que convocar el capítulo para decidir si compramos leche entera o desnatada! Nuestro estilo de gobierno para la toma de decisiones importantes – decisiones que afectan el caminar de la comunidad – es: la priora convoca, la comunidad dialoga, escucha, decide y la priora tiene la responsabilidad de asegurar que esa decisión se lleve a término.

A primeros del mes de septiembre del 2010, comenzó el Capítulo General en Roma. Con la elección de fray Bruno, nuestro hermano, fray Carlos, terminó su mandato. Entre el 1 y el 21 de septiembre el Capítulo decidió muchas cosas, las cuales fr Bruno, en diálogo con el

Consejo Generalicio y los provinciales de la Orden. tendrá el mandato de ejecutar. La ejecución de las Actas de un Capítulo es el principal mandato del nuevo Maestro de la Orden. El nuevo Maestro, fr Bruno, no puede anunciar que él ha decidido por su propia cuenta comenzar una nueva misión de evangelización en la luna. Pero si el Capítulo le dice: “Hermano Bruno, queremos comenzar una misión de evangelización en la luna, y queremos que convoques a un grupo de predicadores para este nuevo reto”, ¡el Maestro *tiene que* obedecer! Él no puede decir: “No me gusta la idea”. Le tiene que gustar, porque es su mandato. Obediente al Capítulo, el Maestro debe comenzar a buscar frailes para ir a la luna. ¿Y quién sabe? Quizás el Maestro añada, “Muy bien, hermanos. Seré obediente y comenzaré a juntar un grupo de los mejores predicadores para esta misión. Pero, ¿qué os parece si invitamos a nueve monjas a acompañarnos también, y así como hizo fray Domingo en Prulla, fundaremos no sólo un convento de frailes predicadores, sino también un monasterio de monjas predicadoras en la luna?” ¡Eso sí sería un diálogo capitular fabuloso!

Hermanas, nuestro capítulo conventual debe funcionar así. Creo que en muchas partes de la Orden no hemos descubierto todavía la riqueza espiritual del diálogo comunitario. Yo creo que no hemos captado esto en su nivel más profundo; no hemos entendido la intuición profunda de Domingo. La Palabra de Dios está presente en el diálogo que se da en un capítulo, en una reunión comunitaria. Me costó a mí también empezar a percibir lo profundo que es nuestro estilo de gobierno. Siendo parte de una comunidad fundadora en Honduras en los años '90 me dio la oportunidad de experimentar más plenamente este gran don que Domingo nos dejó. La obediencia al capítulo conventual es esencial, porque en él escuchamos juntos y juntas la Palabra de Dios. Percibimos la voluntad de Dios mejor cuando escuchamos *comunitariamente* que cuando sólo el prior o la priora toma la decisión. Por eso nuestras reuniones comunitarias son sagradas. Por eso la sala capitular es sagrada, como una capilla. El diálogo capitular es un diálogo enraizado en la Palabra, acompañado por una escucha obediente y contemplativa, una escucha atenta a la palabra de cada hermana o hermano. Queremos aprender a ser obedientes a la presencia del Verbo encarnado dentro de nuestras propias palabras. Cuando vivimos así, nuestras comunidades se convierten en verdaderas casas de la *Santa Predicación*.

Palencia, España – 19 de Junio de 2010

<sup>1</sup> Agradezco a Sor María de Jesús Gil Martín, OP y las hermanas del Monasterio de la Piedad en Palencia, España por su ayuda en la publicación de esta conferencia.